MI ADMIRACION POR VELAZQUEZ

POR

EUGENIO HERMOSO

Ya en los días del pasado siglo, en que me hallaba yo en Sevilla y se celebraba el centenario del nacimiento de Velázquez, anhelaba yo venir a Madrid para conocer y estudiar su obra.

Vine en 1901 e inmediatamente emprendí una serie de estudios de cabezas, empezando por la de Felipe IV, anciano, que copié dos veces; y allí, en la famosa Sala recién inaugurada y decorada con pinturas modernistas como las que tenía el salón de sesiones del Ateneo, conocí a dos pintores de mi generación: López Mezquita y Anselmo Miguel Nieto, que copiaban, el uno, *La adoración de los Reyes*, y el otro, *La fragua de Vulcano*, porque por aquellas calendas aún se creía en la eficacia de copiar, como estudio y disciplina, las obras maestras de los antiguos pintores.

Al tratar de Velázquez hay que nombrar necesariamente a Francisco Pacheco, su maestro definitivo y suegro, pintor y sabio historiador de arte y preceptista muy versado en procedimientos técnicos.

Indudablemente, Pacheco fué un gran maestro. Supo insuflar en el ánimo de su discípulo un amor tan vehemente al pasado clásico que se notaba en sus primeras obras, concretándose en el busto retrato con armadura de Felipe IV, joven, por ejemplo; cosa que ya advertí yo desde el principio que estudiaba sus obras a la vez que las esculturas griegas en el Casón. ¡Cuidado con el Casón, artistas!...

La influencia de Pacheco es patente en Velázquez. Vese en sus obras juveniles. El retrato de Felipe IV con la escopeta trae a la memoria su precepto aconsejando se entonen en alto las carnes en los retratos, ya que los colores tienden a bajar. Conserva este retrato, como el del Cardenal

Infante, una gran luminosidad, y son bien claras en ellos las concomitancias con lo griego de la época juvenil de Grecia.

Claro que Velázquez, andando el tiempo, rompe la rigidez preceptista de su suegro y hasta da un mentís a alguna, cosa natural en un tan grande ingenio y talento de pintor.

Fué Velázquez un definidor de los caracteres raciales españoles.

Ya en sus principios lo fué Diego en forma sutilísima. Sus primeros cuadros sevillanos acusan una grande observación de los caracteres humanos; y puso en ellos tal vehemencia que en todos aquellos cuadros, religiosos y profanos, las figuras son siempre retratos: viejas, mozas y algún zagal, con lo que "granjeó la certeza en el retrato", según dice Pacheco. Son muchos los retratos de tipos diferentes los que hubo de pintar en esa época, incluso de personas importantes y caballeros.

Esta fué la base de su carrera como pintor áulico, pues al venir a Madrid pudo retratar al Rey como nadie sabía hacerlo en España. El retrato de Felipe IV joven, principalmente el de la armadura, es tan perfecto como debieron ser los de Apeles.

Su talento, sin embargo, había de llevarle a ser algo más que retratista —siempre retratista, aún en sus composiciones—, cosa patente en *La adoración de los Reyes*, en *Los borrachos* y en *La rendición de Breda*. ¿Qué se me dirá de su cuadro de época más avanzado *Las Meninas*, donde hasta el aire madrileño está captado? ¿Podrán darse retratos más parecidos, más vivos, que los diminutos de los Reyes en el espejo, en esta obra genial y ultramoderna en su tiempo y... ahora? Hasta la gracia femenina va de rostro en rostro y de talle en talle en este cuadro, primera obra pictórica en que se retratan las personas y las cosas que las rodean sin convencionalismo alguno y con una gran sensibilidad y arte.

Para hallar en retratos ecuestres algo de arte que pueda compararse a los de Velázquez hay que hacer un largo viaje y traerse de Roma el Marco Aurelio en bronce.

En el de Felipe IV a caballo son maravillosas la figura del monarca, el caballo y el fondo; gran paisajista Velázquez. Más barroco, como co-

rresponde a su figura, el del Conde Duque es de una humana grandeza y profundidad, sin ejemplo en la pintura, cuyo caballo tiene tal peso y vida que el duro suelo resístese polvoriento a sostenerlo.

Desde el Felipe IV de la armadura hasta el del Papa Doria, Inocencio, ¡qué mundo de retratos de variados tipos definidos magistralmente, inconfundibles del maestro, siempre Velázquez a pesar de su objetivismo!

Consideramos un autorretrato apócrifo aquel en que vemos a Velázquez como un joven antipático sumido anteriormente en el limbo del anónimo y al que se dió después una mano para elevarle a la categoría de autorretrato de Velázquez, aunque sea en forma dubitativa. Decepciónanos la idea de que sea este joven nuestro héroe con esa cara. Con sólo estudiar a esta cabeza el mentón con sus quijadas es suficiente para negar su autenticidad como autorretrato.

Fué Velázquez un pintor original y personalísimo. Señálanse en él influencias ticianescas, y ya Pacheco nos lo dice en su libro: "Que hizo su yerno en Italia algún retrato —quizá autorretrato— dentro de la manera de Ticiano y tan bien como Ticiano, si es lícito hablar así"; y en este caso, la obra más señera es la pintura del Papa Inocencio, de cuyo retrato, plagiando a Pacheco, se puede decir con verdad: y también técnicamente como Ticiano, pero con más profunda humanidad —que añado yo—, más peso, más grandeza. Esta obra sorprendióme en 1907, que estuve en Italia. Parecióme la mejor pintura que había visto en aquellos meses de ver sólo pintura italiana; y digo al recordar esto en mi libro autobiográfico: "Pero ¡cuidado!, que es peligroso hacer ciertas afirmaciones al tratar de pintura italiana.

Aparte la admiración del pintor sevillano por el pintor de Acador, admiración legítima y sin servilismo, no hallo en Velázquez influencias que menoscaben sus originalidad; aparte también su hermandad, de joven, con Zurbarán; ni del Greco, como se ha dicho, que no encuentro pintor más refractario a la influencia del cretense que Velázquez con su gran respeto a las formas y proporciones clásicas.

Como la literatura renacentista, las artes recuerdan a los antiguos clá-

sicos; y así Velázquez nos hace evocar a Fidias con su mayestática perfección y serenidad; como Cervantes, sin hablar de otros, nos recuerda a Homero, sobre todo cuando describe amaneceres; el que da primero da dos veces.

Velázquez, a pesar de su realismo y carácter, no cae nunca en la caricatura como nuestros literatos. La frase: "Su rostro de media legua de andadura" no se puede decir con los pinceles; pero ¡cómo recuerdan sus personajes populares, "borrachos" y "bufones", a los Ginesillos y Guzmanes de Alfarache y pupilos de Monipodio!

* * *

Hemos tratado del enraízamiento de Velázquez en lo griego, y dicho su gran parentesco con Fidias, por su serenidad digna de los dioses, y no queremos dejar de apuntar también lo helénico de sus caballos en la belleza de sus líneas, como el de perfil de Felipe IV, caballos que viven, se mueven y relinchan.

Otra de las coincidencias con lo griego, sin sospecharlo, es *La rendición de Breda* con la *Batalla de Ipso.* Los dos cuadros difieren en una cosa: en que el español está en reposo y el griego con los mismos elementos en movimiento y lucha. Por lo demás, se parecen en que en ambos hay dos principales personajes que se enfrentan, siluetas de caballos que prestan grandeza y línea a su composición, dos ejércitos y multitud de lanzas.

Suelo yo hacer comparaciones cuando se me ofrecen obras de distintos autores; y como en cierta ocasión la tuviera de hacer crítica del retrato de Felipe IV en busto que posee la Casa de Alba, pintado por Rubens, dije a la persona que me acompañaba: "Este retrato tiene una particularidad con respecto a los de Velázquez: y es que éstos son un trasunto respetuoso y fiel de lo que era el Rey, con toda la majestad serena que un súbdito leal y artista pudo darle, mientras que este retrato de Rubens es el retrato del Rey de la leyenda galante en demasía: ojos tristes, perfumes, encajes, joyas..."

En Velázquez ya aparece lo goyesco. Es lo goyesco hijo legítimo de

la pintura sevillano-madrileña, y empieza en Velázquez. Existe en *Las Lanzas*. La cabeza del soldado con chambergo que aparece sobre la del Marqués de Spínola es goyesca. Es goyesca la mujer que recoje la cortina en *Las hilanderas,* mujer madrileña; es goyesco el perro y el fondo en la parte baja del paisaje del retrato de Don Baltasarito, cazador, aparte otras manifestaciones técnicas en la obra de Goya derivadas de Velázquez.

Velázquez rinde culto al desnudo en varios cuadros, pero principalmente al desnudo masculino. No podía ser menos en un pintor tan enamorado de la forma. El hecho de que no pintara más desnudos femeninos debió de ser por escrúpulos religiosos. Prohibición regia no creo que fuera; más bien influencia de Pacheco.

El desnudo de Cristo es de perfección helénica. *La Venus del espejo* es el único desnudo femenino que conozco. Es lástima que no tengamos más desnudos de un pintor que se vió precisado a pintar reinas e infantas, la mayoría feas y con trajes absurdos. Hubiérale brindado el desnudo femenino ocasiones más propicias para acercarse al mundo de la belleza femenina, para el que tenía gran sensibilidad, como lo demuestra en la referida Venus, a pesar de no ser muy linda de cara, como si quisiera, acaso, hacerlo menos pecaminoso o como si hubiera permitido al amorcillo dar una broma a la coqueta —la cual tenía más bello el cuerpo que el palmito— haciendo que el espejo la hiciera verse menos guapa.

La entonación del cuadro difiere mucho de lo que son de color las Venus de Ticiano. El color frío rosáceo de las carnes sobre un fondo de tela de seda negra, negro también el marco del espejo, es esta venus un cuadro tan español como pueda serlo el *Pabrillos de Valladolid.*

Uno de los cuadros menos emotivos de Velázquez es el *Marte,* estando tan bien. Es debido a la luz que ilumina la figura, luz antipática.

Hago punto aquí, no sin manifestar mi disconformidad con el espíritu que informó a la crítica de principios de siglo sobre si Velázquez no fué tratado en palacio mejor que los barberos. Entiendo que nuestro artista vivió bien y descuidadamente y que su ingente obra no hubiera podido

hacerse sin los abundantes elementos de que en palacio disponía. "Si no hubiera tenido a un Rey admirador suyo, que le posaba hasta tres horas seguidas; tenía a tanta Majestad suspendida hasta tres horas; si no hubiera tenido a un ministro que le animaba —como dice Pacheco— a la honra de la patria..." Diéronle cargos para familiares suyos y fué galardonado, al fin, con la Cruz de Santiago.

¡Loor a Felipe IV, gran crítico, que hizo posible a Velázquez la realización de obras tan variadas y portentosas!